

Katarzyna Puzyńska

LA NÚMERO
31

Traducción:

FRANCISCO JAVIER VILLAVERDE GONZÁLEZ



MAEVA | NOIR

Para Balbina y Krzysiek, y también para Jacek, que tenía muchas ganas de saber qué había ocurrido con el padre de Daniel.

*Con la verdad ocurre como con el fuego:
calienta, pero a la vez quema.*

ALEKSANDER FREDRO

Prólogo

Lipowo

Miércoles, 13 de enero de 1965

SE HABÍA ECHADO la noche. La oscuridad era absoluta y hacía mucho frío. Parecía que el aire chirriaba cada vez que ella inspiraba y que el vaho de su boca se convertía en minúsculos cristalitos de hielo. Temblaba, solo llevaba puesta la fina camisa de hilo que él les había ordenado ponerse. Por un momento quiso renunciar a seguir con todo aquello. Huir resultaba casi imposible, a pesar de que alrededor no había muros. Ni siquiera había una pequeña valla. «El mundo se abre ante mí sin obstáculos», se repitió mentalmente durante unos segundos. Las barreras infranqueables no se encontraban en ningún otro lado más que en su cabeza.

Respiró unos instantes con rapidez. El aire de la noche de enero le llenó los pulmones con su frío cortante. Al final tomó una decisión. No podía permanecer allí. Sabía lo que él planeaba y no tenía la menor intención de formar parte de aquello. Era una locura. Miró una vez más a su alrededor, por si acaso. No había nadie, aunque a esa hora era lo habitual, porque tenían sus costumbres. De todas formas, prefería asegurarse.

La respiración volvió a acelerársele, pero no resultaba lógico, porque no había un alma, no la observaba nadie. Dio unos cuantos pasos sobre la nieve crujiente, con cautela. Sabía que dejaba tras de sí huellas muy claras, pero era inevitable. Tenía la esperanza de que advirtieran su ausencia cuando se encontrara ya muy lejos. Una vez tomada la decisión, no le cabía duda de que prefería morir antes que quedarse allí un minuto más.

Agarró el pomo oxidado y empezó a cerrar la puerta con mucho cuidado. No quería que se oyera ni el más leve sonido. No había

velas encendidas en las cabañas cercanas, lo cual no significaba que todos durmieran. Sabía que algunos espiaban para él.

Cuando la puerta ya estaba casi cerrada, miró al interior por última vez a través de la rendija. Se topó con la mirada interrogante de su hijo. Se estremeció. Los pensamientos se le arremolinaron en la cabeza. No podía dejarlo. Eso habría significado que él había logrado despojarla por completo de sentimientos; que realmente la había convertido en la número treinta y uno, como solía repetir; que le había arrebatado su personalidad. No podía dejar a su hijo. Eso habría significado que él había vencido.

— Ven — dijo en medio de la oscuridad.

Su hijo la siguió sin rechistar. Era lo que le habían enseñado: obediencia absoluta o a la cueva. No había más opciones. La nieve crujió bajo sus pies cuando se alejaban a través del prado cubierto por un manto blanco. En un bolsillo de la fina camisa de la mujer tintineaban unas monedas que había robado. Era poco pero suficiente. Era todo lo que se podía permitir. Lo importante era salir de allí; después ya sería más sencillo.

Temblaba tanto que apenas podía caminar, pero por otro lado sentía una gran fuerza en su interior. No en vano, con cada paso se alejaba más.

No importaba cómo terminara su aventura, prefería morir antes que volver allí.

PRIMERA PARTE

1

Lipowo y Stare Świątki

Viernes, 20 de diciembre de 2013, por la mañana

EL INSPECTOR DANIEL Podgórski tembló ligeramente de frío. Estuvo un rato tumbado con los ojos cerrados, intentando librarse de la obsesiva idea de que se encontraba en el lugar equivocado. Al final abrió los ojos. Ya era noche cerrada. El día más corto del año se aproximaba de manera inexorable. El policía se sentó en la cama. En su cama.

En los últimos meses, Daniel raras veces había dormido en su pequeño apartamento, ubicado en el sótano de la casa de su madre. Se podría decir que, en la práctica, se había instalado en la vieja casa rural de Weronika Nowakowska. No quedaba ni rastro de la crisis momentánea por la que había pasado su relación durante las últimas vacaciones. ¿O quizá Daniel se equivocaba? En lo referente a los asuntos entre mujeres y hombres, Podgórski ya no estaba seguro de nada. Todo parecía peligrosamente relativo. Sin embargo, según el policía había un hecho innegable: que Weronika había decidido hacer un viaje de dos semanas a Varsovia. Quería pasar las navidades con su familia, que vivía en la capital, en vez de con él.

—Será lo mejor —le explicó ella mientras se colocaba detrás de la oreja el pelo rojo intenso—. Yo pasaré unos días con mis padres y tú con tu madre. Me da la impresión de que Maria se siente un poco abandonada.

—Yo no he notado nada —comentó Daniel con sequedad. A él le parecía que su madre se comportaba con normalidad, aunque, claro, la psicóloga era Weronika.

Nowakowska sonrió con dulzura. Era una sonrisa a la que Podgórski nunca había podido resistirse.

— Ya verás lo rápido que pasan estas dos semanas —le aseguró ella antes de darle un beso de despedida—. Te quiero. ¡Nos vemos después de las fiestas!

Eso había ocurrido la tarde anterior, pero Daniel empezaba a convencerse de que esas dos semanas separados se le iban a hacer eternas. Quizá fuera un sentimental incorregible, pero no podía evitarlo.

El potente sonido del despertador lo interrumpió en sus cavilaciones. Aquel sonido estridente resultaba insoportable en medio del agradable silencio de la mañana. Daniel le dio un manotazo al reloj, que cayó al suelo con gran estrépito. Una pila salió rodando por la alfombra hasta que al final se detuvo. El policía la miró un rato bajo la débil luz de la mañana invernal, que despuntaba poco a poco. No le apetecía nada ir a trabajar. Le habría gustado mucho más quedarse tumbado y descansar.

Podgórski sufría esos ataques de pereza cada vez más a menudo. Tras lo sucedido durante el último verano, se sentía en cierto modo quemado. Necesitaba más descanso. Había desaparecido su entusiasmo por entrar en acción y su deseo de demostrarse a sí mismo y a los demás que era un buen policía. Quizá por eso el jefe de la comisaría de Lipowo seguía sin saber qué hacer con su futuro. Unos meses antes, el fiscal Jacek Czarnecki le había propuesto a Podgórski un puesto en la Policía Judicial de la Comandancia Provincial de Brodnica, pero Daniel tenía dudas. ¿Quedarse en Lipowo o empezar a trabajar en la ciudad, como siempre había soñado? No se decidía y siempre aplazaba la decisión. Los días se convertían en semanas y las semanas en meses. Podgórski esperaba que al final su corazón le dijera qué hacer. Pero la respuesta tardaba en llegar.

Arriba, en casa de su madre, el viejo reloj empezó a dar las campanadas. Los sonidos rítmicos llegaban hasta el sótano. Daniel sabía que tenía que levantarse. No podía retrasar más tiempo el momento de ir al trabajo. Se incorporó y bostezó medio amodorrado. Se puso el uniforme y abrió la nevera. Durante un momento sopesó varias posibilidades. Al final suspiró y cogió un trozo de bollo con crema. Se avecinaba un largo día de invierno.

SE MIRÓ CON desgana en el espejo. Evitaba hacerlo. Durante aquellos quince años había cambiado mucho. En realidad estaba irreconocible. El rostro que veía ya no pertenecía a Tytus Weiss. Ahora era el recluso número 1126 de la prisión de Stare Świątki, en las inmediaciones de Rypin. Habían desaparecido las mejillas sonrosadas y el encanto de adolescente que lo caracterizaban antes. En la cárcel no le eran de ninguna utilidad, cosa de la que se convenció dolorosamente al poco de empezar a cumplir su condena. Por eso decidió cambiar su físico cuanto antes. Volvió a mirarse al espejo. La abundante musculatura de los hombros y el cuello le hacía parecer un toro rabioso siempre encorvado y preparado para lanzarse al ataque.

Suspiró en silencio. Su apariencia era la adecuada para lo que sentía. ¿Rabia? ¿Era esa la palabra? No recordaba si antes de entrar en la cárcel había sentido alguna vez algo parecido a la rabia. Más bien miedo y quizá inseguridad. Pero el sonido de la reja al cerrarse liberó dentro de él una furia oculta en lo más profundo, dirigida contra todos, pero a la vez contra nadie en concreto.

O quizá fuera rabia y vacío interior, se decía el preso número 1126. Como si lo hubieran engañado. Como si se hubiera quedado solo. ¿Como si? Era eso precisamente lo que había ocurrido, se había quedado solo. Aparte de su madre, nadie más se había puesto en contacto con él durante aquellos quince años. Su hermano, al parecer, había preferido olvidarlo. Los vecinos del pueblo lo odiaban, estaba seguro. Solo le quedaba su madre. Solo ella.

El preso número 1126 se pasó una mano por la mejilla. En los últimos días empezaba a notarse la tan deseada barba. Por fin. El anterior director de la prisión no toleraba la más mínima insubordinación. Cada uno de los mil quinientos hombres allí internados debía ir siempre bien rasurado. Pero eso había cambiado y el preso número 1126 no pensaba volver a afeitarse nunca. Con quince años tenía de sobra. Le faltaba poco para recoger sus pertenencias y salir con la condicional. No le importaba tener que currar; al contrario, esperaba encontrar cuanto antes un trabajo. Echaba de menos la normalidad más que cualquier otra cosa y trabajar era lo más normal del mundo.

—¿Qué cojones haces ahí delante del espejo? —le soltó un pardillo del otro bloque. Su tono era arrogante, como el de un gallo que acaba de echar las plumas—. ¿Eh?

El preso número 1126 le lanzó una mirada fugaz al joven. Era un novato que habían trasladado a Stare Świątki apenas unas semanas antes. Desde hacía varios días limpiaban juntos los servicios del edificio central de la penitenciaría. El preso número 1126 también había visto varias veces al chico en el patio.

—¿Que qué cojones haces? —repitió el pardillo. Quizá el chico creyera que las palabrotas le harían ganarse el respeto rápidamente. Los que acababan de llegar a menudo pensaban así—. ¿Eres sordo o qué coño te pasa?

El otro se encogió de hombros por toda respuesta y limpió el espejo con un trapo húmedo. No necesitaba luchar por el respeto, lo había obtenido hacía mucho. Además, no quería llamar la atención del carcelero apostado en la puerta, que silbaba una vieja canción. No quería significarse de ninguna forma. Desde luego no en aquel momento, cuando estaba tan cerca de la libertad.

—Dicen que te enchironaron por nada —dijo el chico poniendo cara de especialista en esos asuntos—. ¿Es cierto?

El preso número 1126 sonrió con disimulo. Recordó cómo era él quince años antes. ¿Era tan ingenuo como aquel chico? ¿De veras? Ahora esa ingenuidad le parecía impensable y en cierto modo hermosa. No había sitio para la ingenuidad en Stare Świątki. La ingenuidad formaba parte de la libertad, no de la vida entre rejas.

—En la cárcel todos son inocentes —murmuró con cierto regodeo. Se sentía como si interpretara el papel de abuelo—. En la cárcel todos son inocentes...

Había leído esas palabras en un libro que había sacado de la biblioteca de la penitenciaría un año antes. La biblioteca estaba muy bien provista. Quizá fuera algo de Stephen King. «En la cárcel todos son inocentes.» Lo decía uno de los protagonistas de la novela. Esas palabras le gustaron. Mucho.

El guardia debió de oír de qué hablaban, porque se rio por lo bajo y le lanzó una mirada fugaz al preso número 1126. Aquel carcelero

era legal, pero de todas formas apartó rápidamente la vista. Lo más importante en aquel momento era no llamar la atención. Mantener la neutralidad a toda costa. Ser invisible hasta encontrarse al otro lado de los muros de la prisión. Llevaba esperándolo demasiado tiempo como para estropearlo ahora.

—¿Te dan la bola mañana? —insistió el joven pardillo.

Estaba claro que el chico deseaba mantener aquella conversación tan poco fluida. El 1126 pensaba que la jerga carcelaria no sonaba demasiado bien en los labios del chico, pero tenía que reconocer que al menos se esforzaba. Así que haría una excepción con él. Los primeros meses en la trena no eran fáciles para nadie.

—Condional —le aclaró con voz apenas audible—. Ocúpate del tigre y no rajes tanto, que el perro vigila.

El chico cogió la fregona sin rechistar y se puso a limpiar el retrete. Al 1126 le caía bien, pero no pensaba ser su mentor. Antes o después al pardillo le darían una tunda, eso resultaba inevitable, y, además, ya no sería asunto suyo. En ese momento solo importaba una cosa: volver a Lipowo y empezar a vivir en libertad con normalidad.

—Id terminando —les aconsejó el guardia—. Volvéis a las celdas.

El preso número 1126 miró los sórdidos servicios. En el techo se veían manchas de humedad y la pintura se desprendía de las paredes. Las cabinas estaban llenas de letreros obscenos; aunque estaba prohibido escribirlos, siempre aparecían. Los azulejos eran de color verde frío, que más parecía el del moho del techo que el de la hierba. Todo aquello no hacía sino aumentar el vacío que sentía.

Esperaba que fuera la última vez en su vida que veía ese sitio. Había cumplido treinta y tres años, de los cuales quince los había pasado en la penitenciaría de Stare Świątki. Sin duda, era suficiente.

LA SUBINSPECTORA EMILIA Strzałkowska se recogió el pelo en una coleta baja. Miró de reojo su imagen en la ventana de la cocina de la casa que había alquilado para poco tiempo. El cristal estaba parcialmente tapado por una cortina floreada que había colgado el dueño o el anterior inquilino. Desde el principio la policía se prometió deshacerse de la cortina, pero al final pensó que de todas formas ella y su hijo no se quedarían en Lipowo más de lo necesario. No tenía sentido hacer cambios en la casa.

Corrió la cortina y volvió a mirar su reflejo en la ventana. Un cristal empañado no era el mejor consejero, pero llegó a la conclusión de que su aspecto era bastante bueno. Aquel iba a ser el primer día en su nuevo trabajo —temporal, más bien— en la comisaría de Lipowo. Sentía curiosidad por saber si Daniel Podgórski todavía la recordaba.

Ella, por su parte, lo recordaba muy bien. Precisamente por eso, cuando se enteró de que en la pequeña comisaría de Lipowo necesitaban que les echaran una mano, pidió de inmediato que le asignaran la tarea. Fue algo espontáneo. No tuvo que pensárselo mucho, a pesar de que era una decisión que podía cambiarle la vida. Así fue al principio. Las dudas llegaron después, pero ya no podía retirar su solicitud. Daniel Podgórski, como jefe de la comisaría, aceptó su candidatura, y de esa manera llegó ella con su hijo a aquel pequeño pueblo situado a doscientos kilómetros de Varsovia.

Era su primer día en el nuevo trabajo, pero no tenía intención de arreglarse de manera especial. No se contaba entre las mujeres que pasan largas horas delante del espejo, quizá debido a su absoluta falta de habilidad para maquillarse, cosa que prefería no reconocer. Cualquier intento de pintarse la raya de los ojos o de ponerse sombra en los párpados obtenía un resultado lamentable. Strzałkowska no estaba segura de qué era exactamente el *eyeliner*, y por lo general el carmín se le extendía alrededor de los labios haciendo que pareciera un payaso que hubiera puesto demasiado empeño. Sí, no cabía duda de que el maquillaje era su enemigo. Por esa razón había decidido, con cierto desconsuelo, dejar ese tema a otras mujeres.

—Mamá, que se sale la leche —le dijo su hijo Łukasz, de trece años. «Casi catorce», se dijo la policía. El tiempo pasaba muy deprisa.

Łukasz ni siquiera apartó la mirada del juego que le había regalado por Navidad su abuela y que le había dado por adelantado. Ese año no cenarían juntos en Nochebuena, como solían hacer. Emilia y Łukasz pasarían las navidades solos, lejos de la ciudad. La policía esperaba que su hijo se adaptara con facilidad a la nueva situación. Nunca había causado problemas.

—También podrías apagarla tú, ¿no? —le reprochó.

—Podría —contestó él tranquilamente y se levantó a apagar el fuego.

Le costaba creer que hubiera crecido tanto. No tardaría en ser bastante más alto que ella. «Es increíble lo rápido que pasa el tiempo», pensó por segunda vez ese día. Retiró un cazo del quemador, un poco ennegrecido ya, y sonrió a su hijo.

—¿Quieres leche caliente?

—Qué asco —dijo Łukasz haciendo una mueca cómica. Se volvió a sentar y siguió golpeando rítmicamente el teclado.

—Tienes que comer algo —le advirtió su madre con un tono que no aceptaba objeciones.

—Luego.

—Estaré todo el día en el trabajo... —comentó la policía.

Su hijo le lanzó una mirada fugaz.

—Déjalo, mamá —murmuró—. Siempre estás en el trabajo y me las arreglo solo perfectamente. No hay problema. Me calentaré algo, como suelo hacer. No te preocupes.

—Te he preparado la comida. Lo tienes todo en la nevera. ¿Te apañarás? —quiso asegurarse—. Si necesitas algo, llámame, tengo el móvil.

—Pues claro que me apaño —le dijo el chico.

La subinspectora Emilia Strzałkowska sintió que se apoderaba de ella una extraña ternura. Quería más que a nada en el mundo a aquel adolescente larguirucho y desgarbado. Pero por otro lado también adoraba su trabajo. A veces le resultaba difícil dar cabida

a esos dos amores, y más teniendo en cuenta que siempre se veía obligada a demostrar ante sus escépticos superiores que ser madre soltera no le impedía continuar con su carrera. Sin embargo, lo cierto era que poco a poco Emilia empezaba a verse desbordada. Quizá esa fuera la razón principal de su repentino traslado a Lipowo. Tenía que arreglar todo aquello cuanto antes, pero debía esperar el momento adecuado.

JERZY GRALA DETUVO SU vieja Volkswagen Transporter frente a la entrada de Los Brezos. Miró con recelo el edificio. Sacó de la guantera su agenda con tapas de cuero y comprobó una vez más la dirección que le había dado el dueño de la finca: calle Główna, 25, 87-312, Lipowo. Jerzy volvió a fijarse con desconfianza en el letrero, bastante grande, colgado en la verja de entrada. Decía «Los Brezos», así que no quedaba ninguna duda de que había llegado a la dirección correcta. Debajo se veía una nota escrita a mano que informaba de que había habitaciones libres. Allí era donde Grala iba a vivir mientras investigaba el poblado de la secta Templo, situado a las afueras de Lipowo.

Soltó un largo suspiro. Llevaba años investigando lugares donde se habían instalado sectas y los mecanismos que provocaban en la gente el impulso de dejarlo todo y seguir a un líder espiritual que pregonaba una verdad de dudosa procedencia. Debido a su trabajo tenía que viajar mucho y alojarse en condiciones muy diversas, desde hoteles de cinco estrellas a cabañas en ruinas. Normalmente no suponía un problema. Pero esa vez le había fallado la perspectiva, porque él se había imaginado Los Brezos de una manera totalmente distinta. El dueño de la casa, Seweryn Dworakowski, con el que Jerzy había hablado por teléfono, dijo ser profesor. El propio Grala tenía también un título académico y esperaba que un colega le ofreciera algo mejor. Sin embargo, se encontraba ante un edificio sin enlucido, y por su aspecto parecía que lo hubieran dejado a medio construir hacía muchos años. Huelga decir que por los alrededores no había ni un brezo. En cambio, en el balcón de la fachada alguien

había colgado una maraña de luces navideñas que parpadeaban de un modo irritante. Y, por si fuera poco, en medio del césped grisáceo había un reno rechoncho pintado de colores chillones. Jerzy Grala se rio para sus adentros. Los Brezos habría sido el último nombre que habría elegido para aquella propiedad.

De pronto alguien golpeó en la puerta del pasajero. Un hombre gordo, de grandes dimensiones, tiraba del picaporte. Grala dio un respingo, asustado por aquel repentino ataque. Por suerte la puerta de su vieja Volkswagen aguantó los tirones, a pesar de lo cual el enorme desconocido no dejaba de intentar abrirla mientras murmuraba algo incomprensible.

— ¡Albin! Eso no se hace — gritó alguien desde la casa—. Te lo he dicho mil veces.

Miró hacia el lugar del que procedía la voz. Esperaba que lo sacaran de aquel aprieto. De la casa que tan pomposamente habían bautizado como Los Brezos salió una mujer joven de baja estatura. Se abrigó con un jersey y corrió hasta la furgoneta. Su delicada figura y sus movimientos ágiles la hacían parecer un corzo correteando por el bosque.

— Albin Dworakowski, eso no se hace — le repitió paciente-mente al obeso hombre—. Tu padre estaría muy disgustado. Recuerda lo que te dice. A los invitados primero tienes que saludarlos con educación. Después ya les puedes pedir que te den una vuelta en coche.

Albin bajó la mirada avergonzado. La chica le dio unas palmadas en el hombro.

— Venga, ya pasó — le dijo sonriendo—. Entra en casa, Albin.

Cuando el enorme tipo se metió en el edificio, Jerzy Grala salió con cautela de la furgoneta. La suspensión chirrió de un modo algo inquietante.

— ¿Viene usted a hablar con alguien de esta casa? — preguntó amablemente la pequeña mujer.

Grala asintió.

— Siempre y cuando esto sea Los Brezos — comentó, tratando de ocultar su desgana.

Suspiró por lo bajo. Tendría que apretar los dientes y aguantar como fuera unos días con aquella gente. Sobre todo porque en aquella época del año no resultaba fácil encontrar alojamiento por allí. El centro turístico Valle del Sol, situado junto al lago Bachotek, permanecía cerrado en invierno. Ir todos los días desde Brodnica sería una pérdida de tiempo y de dinero en gasolina, y, además, su vieja furgoneta ya no estaba para muchos trotes.

— Soy Jaśmina Ciosek-Dworakowska — se presentó la chica alegremente—. El señor Jerzy Grala, ¿verdad?

— Doctor Jerzy Grala — aclaró él orgulloso.

No pudo evitar hacer esa observación algo sarcástica. El dueño de Los Brezos había recalcado varias veces que era profesor, así que Grala también podía empezar a utilizar su grado académico si en esa casa los títulos eran tan importantes.

— ¿Es usted médico? — preguntó Jaśmina Ciosek-Dworakowska. Parecía que la sonrisa nunca le desaparecía del rostro.

— No, en absoluto. Me dedico a investigar sectas. Soy sociólogo y psicólogo social, terminé ambas carreras.

Se había acostumbrado a que algunas personas, al conocer su especialidad, reaccionaran con una mueca burlona o una sonrisa condescendiente. Lo ignoraban todo sobre el mundo de intenso adoctrinamiento en el que estaban inmersas las sectas. Preferían mantenerse alejadas de todo eso. No resultaba extraño, era un problema complejo.

— ¡Vaya! — replicó Jaśmina con cierto interés—. Va usted a investigar en nuestro Bosquecillo Silencioso, ¿no? Creo que allí estuvo instalada una secta. La gente dice que es un lugar encantado. Nadie de por aquí entra en ese bosque.

Jerzy Grala carraspeó ruidosamente. No creía en fantasmas, intentaba abordar cualquier asunto desde una perspectiva científica y sistemática.

— Por supuesto. En los años sesenta hubo aquí un asentamiento ocupado por los miembros de una secta llamada Templo. Por eso he venido. Quiero ver de cerca ese lugar — explicó Jerzy. Empezaba a

estar cansado de esa insulsa conversación—. Perdóneme, pero creo que por teléfono hablé con otra persona...

—Sí —lo interrumpió Jaśmina—. Habló con mi tío, Seweryn Dworakowski. Es el dueño de Los Brezos. Pero ya le aviso de que ahora mismo no se encuentra en Lipowo, se ha marchado a Varsovia a dar clases. Es profesor en la Facultad de Química de la Politécnica de Varsovia. De todas formas no debe preocuparse por nada, señor Grala, yo me ocuparé de usted. Cuando mi tío no está, yo me encargo de la casa y vigilo a Albin.

Jerzy Grala se estremeció al recordar al gigante que acababa de intentar entrar en su furgoneta. Jaśmina debió de observar algo en su expresión, porque sonrió aún más y dijo:

—Albin es un chico con un corazón de oro, ya lo verá usted.

¿Un gigante rollizo era un chico con un corazón de oro?, se dijo extrañado Jerzy Grala. De eso nada. El científico entendía mucho de personas.

—¿Un chico? —preguntó Grala intentando disimular con una tosecilla el tono irónico que había tomado su voz sin querer.

—Albin es un niño con cuerpo de hombre —explicó tranquilamente Jaśmina. Parecía haber dicho esa frase cientos de veces—. No es peligroso. Lo normal es que se ocupe de sus asuntos. No le molestará, señor Grala, ya lo verá. Albin de veras tiene un corazón de oro. Se encariñará con él sin darse cuenta. Aquí en Lipowo todos lo adoramos. Aunque una cosa sí le advierto: ¡no le dé caramelos! Si le ofrece algún dulce, no podrá quitárselo de encima, lo seguirá a todas partes.

A Jerzy Grala le dio un escalofrío al oír eso. Cada vez le gustaban menos los dueños de la casa. Se esforzaba por dejar a un lado los prejuicios, pero no le resultaba fácil. Desde un principio había sentido poca simpatía hacia Los Brezos.

—Pero no nos quedemos aquí, que hace frío. Es cierto que todavía no hay nieve, pero es mejor no arriesgarse. Entre en casa, por favor —le dijo Jaśmina obsequiándolo con otra sonrisa—. Si necesita usted un masaje, no hay problema. He hecho dos cursos de masaje, clásico y con ventosas chinas. Se me da bien. Espero poder

estudiar rehabilitación en Varsovia algún día. Albin continuamente necesita ejercicios... Saldría más barato si yo misma pudiera ayudarlo en lugar de recurrir a todas esas sesiones con el terapeuta. No se imagina lo caro que es.

Jerzy Grala sacó su maleta de la furgoneta. De momento pensaba dejar el resto del material en la Transporter. Planeaba ir primero a pie hasta el poblado de la secta y ver si se podía llegar en coche. Si no fuera posible, le tocaría cargar con todo hasta allí. Llegado el caso, lo mejor sería contratar a alguien del lugar para que lo ayudara. La furgoneta ya tenía unos cuantos años y funcionaba cada vez peor. La suspensión chirriaba de manera sospechosa y el indicador del nivel de combustible se había estropeado por completo. De cualquier forma, seguramente tendría que dejar que su vieja Volkswagen descansara en el patio de Los Brezos y encontrar un ayudante forrado.

Jaśmina Ciosek-Dworakowska acompañó a Grala hasta la casa. No dejaba de contar historias sobre su vida y sus planes de futuro. Jerzy no le hacía ni caso. Sus pensamientos ya estaban en el asentamiento de la secta, es decir, en el Bosquecillo Silencioso, como los lugareños llamaban a ese lugar. La gente estaba fascinada por el enigma del suicidio colectivo cometido por los miembros de la secta en el invierno de 1965. Jerzy Grala también sentía un torrente de emociones al pensar en ello. Los estadounidenses tenían a Jim Jones y su apocalíptico Templo del Pueblo, y por su parte los polacos podían presumir de tener a Witalis Sobieraj y su Templo. Grala había reflexionado muchas veces sobre la coincidencia en los nombres de ambas sectas y la historia de los dos suicidios colectivos.

—Aparte de usted tenemos otros dos huéspedes —dijo su anfitriona para finalizar su explicación—. Es una pareja de suecos. Hablan bien inglés. Son hermanos, vienen del sur del país, creo. Parecían personas formales, pero ahora ya no estoy segura de si hicimos bien en aceptarlos. Resulta que...

No terminó la frase. El gigante Albin salió de la casa llorando. El rostro de aquel hombre adulto estaba atravesado por una mueca de desamparo infantil. Jerzy sintió de repente una punzada de

remordimiento. ¿Había juzgado mal a ese niño con cuerpo de hombre? Quizá los caramelos no fueran tan mala idea.

EL INSPECTOR DANIEL Podgórski cruzaba el pueblo de camino a la comisaría. El aire parecía gélido, pero seguía sin nevar. Había oído que aquel invierno iba a ser el más cálido en muchos años. Si no hubiera sido por los bonitos adornos navideños que los vecinos de Lipowo habían colgado en sus balcones y sus vallas, habría sido difícil creer que se acercaba la Navidad.

Varias personas lo saludaron amablemente. El policía iba recuperando poco a poco el buen humor. Todo el mundo se levantaba de vez en cuando con el pie izquierdo, pero había que saber afrontarlo. Weronika se había ido a Varsovia a pasar las fiestas con sus padres, pero no era el fin del mundo. Ni el de su relación.

Podgórski llegó al edificio azul de la comisaría de Lipowo con una ligera sonrisa en los labios. La pintura azul que habían elegido para pintar las paredes en la última renovación resultó ser un fracaso, aunque nadie se atrevía a decirlo. Daniel llevaba un año prometiéndose encontrar fondos para volver a pintar la comisaría con un color más neutro, pero hasta entonces no lo había conseguido. El invierno anterior habían tenido asuntos más importantes que resolver y en verano la cosa no había sido distinta.

Entró en la recepción acompañado por el chirrido de la puerta principal. Otra reparación pendiente. Aunque, por otro lado, dejar la puerta sin engrasar tenía sus ventajas. Cuando entraba alguien, bien una visita bien un cliente, nunca pasaba desapercibido.

—Daniel, ¿te has limpiado las botas? —le preguntó su madre, sentada tras su escritorio desde muy temprano—. Acabo de limpiar el suelo y me gustaría que siguiera limpio al menos un rato más.

Su madre, Maria Podgórska, era la recepcionista, la organizadora del trabajo en la comisaría, la proveedora de bollos caseros y la esposa de un policía muerto heroicamente, todo en uno. Quizá solo las honrosas tareas desempeñadas por Maria evitaban que Daniel fuera víctima de las observaciones mordaces de sus compañeros. Podgórski

vivía con su madre, trabajaba con su madre, pasaba las navidades con su madre... Se daba cuenta de que la imagen que ofrecía no era la mejor. Esperaba que todo cambiara pronto y que su relación con Weronika diera paso a algo más serio.

—Sí, mamá —confirmó pacientemente Daniel—. Las botas están limpias como una patena, míralo tú misma. No te voy a ensuciar el suelo.

—Hola, jefe —dijo el musculoso Marek Zaręba, que en ese momento salía de su despacho—. ¿Qué tal?

El agente Zaręba era el policía más joven de la comisaría de Lipowo y un buen amigo de Daniel. Últimamente trabajaba solo media jornada, porque en septiembre había nacido su segunda hija y ayudaba a su esposa a cuidar de la pequeña. No tardaría en coger el permiso de paternidad, del que aún no había disfrutado, y durante dos semanas desaparecería de la vida de la comisaría.

Daniel Podgórski se lamentaba en silencio. Marek era seguramente el mejor policía de Lipowo. En todo caso, era con quien trabajaba más a gusto. Al joven padre le correspondían dos semanas. ¡Dos semanas! ¿Es que todos iban a desaparecer durante dos semanas? Primero Weronika y después su colega.

—Hola, Peque. ¿Tus niñas están bien? —preguntó Podgórski dejando a un lado sus reflexiones.

—Mejor que bien —contestó Marek sonriendo.

—Enséñame la foto de Zuzia. Es una ricura —dijo entusiasmada Maria Podgórska—. Daniel, ¿Weronika y tú cuándo pensáis darme un nieto, eh?

Zaręba se rio a carcajadas. Podgórski dirigió la mirada al techo.

—Mamá, por favor...

Daniel estaba harto de que su madre no dejara de presionarlo. Desde que había nacido Zuzia, la hija de Marek, Maria no ocultaba su deseo de alcanzar el noble estatus de abuela. Tenía que reconocer que a él también le agradaba la idea. Hacía mucho que se sentía preparado para formar una familia. Sin embargo, parecía que Weronika de momento no quería ser mamá.